

ME OLVIDE DE TI

Susana Castillo Úbeda

# Me Olvidé de Ti



Susana Castillo

## Capítulo 1

Podía verla sacudir la mano en el aire desde la otra punta de la sala. No estaba muy segura, pero parecía dirigirse a mi. Aquí no había nadie más, así que sin duda me estaba saludando. En un primer momento no me he dado por enterada. He pensado, al no reconocerla, que podía estar confundíendome con otra persona. A medida que la joven se aproximaba, la duda se hacía más grande. Y a mí se me habían olvidado las gafas en de la encimera. ¡Vaya cabeza tengo!.

No es la primera vez que me pasa. Pronto tendré que enfrentarme a una situación que será realmente incómoda para ambas. Me ha pasado antes. Pero hoy no quiero sufrir, no quiero pasarlo por eso. Hoy voy a fingir. No me apetece ver en su cara la condescendencia o que me diga eso de que un despiste lo tiene cualquiera. Me haré la despistada. ¡Si es que cuanto más se acerca ella, más claro tengo que no la conozco de nada!.

La joven ha llegado y me ha plantado dos besos. Se ha sentado a mi lado, en silencio. No sé en qué estará pensando. Está mirando las puertas. Yo no me atrevo a preguntarle nada. Estoy feliz por no tener que aclarar que no me acuerdo de ella. Además, su reciente demostración de confianza me ha cogido por sorpresa y me ha dejado algo aturdida, la verdad. ¿Cómo es posible que no sepa quién es?. El temor a hacer el ridículo me deja en un mudo estado de ausencia. Me quedo a solas con la duda de si me estará confundiendo con otra persona. Podría reconocerle sinceramente que no sé su nombre, justificar mi despiste y preguntarle de qué me conoce. Podría descubrir quién es esa mujer que me acompaña en silencio, tan cerca mio y tan lejana al mismo tiempo. La vergüenza empieza a treparme la garganta. No quiero llorar. Me quedo mirando al techo, intentando concentrarme en la respiración. De fondo se oye el ruido de la ventilación, puertas que se abren y se cierran, algunos pasos en la otra sala y el tic tac de mi viejo reloj de pulsera. Al mirarlo me encuentro con unas manos viejas, llenas de manchas y arrugas. Me quedo, no sé por cuanto tiempo, mirándome las uñas, amarillas y gastadas, cuando una voz me arranca de mi aturdimiento:

- ¿Rosa María Benítez? —pregunta por mí la enfermera.

La joven desconocida se levanta casi de un brinco, extendiendo la mano para ayudar a mi anciano cuerpo a incorporarse, y con la voz más dulce que recuerdo me dice:

- ¿Vamos mamá?